

## PRESENTACIÓN

**Manuel GONZÁLEZ DE ÁVILA y Amelia GAMONEDA LANZA**

Universidad de Salamanca

deavila@usal.es / gamoneda@usal.es

*Este dossier sobre la lectura queda cordialmente dedicado a don José Romera Castillo, maestro de universitarios y apoyo fiel de la investigación semiótica en España e Hispanoamérica.*

La lectura ha supuesto un permanente desafío para los investigadores, hasta el extremo de haberse tenido por el punto ciego del conocimiento literario, o afirmado que sobre ella no hay nada relevante que decir, a fuerza de consabida.

Y sin embargo, es mucho lo ya dicho sobre la lectura, esquivando esos dos obstáculos epistemológicos que representan, para su comprensión, el mito de la incognoscibilidad de lo que sucede al leer, y el prejuicio de su obviedad.

Mejor que reseñar las teorías de la lectura juzgamos subrayar que casi todas ellas oscilan entre su interpretación existencial —la cual arrastra, claro está, consideraciones éticas y políticas— y su análisis científico —que, en la actualidad, solo parece poder hacerse con el concurso de las neurociencias y de las ciencias cognitivas—.

El *dossier* aquí presentado quisiera reducir la distancia entre ambos

modos de entender la lectura, o subrayar al menos que lo esencial del leer quizá escape a una oposición convencional entre la existencia y la ciencia, entre la interpretación y el análisis. Si el desmoronamiento de la frontera metafísica, propia del racionalismo trascendental, entre la materia y el espíritu, entre el cuerpo y el alma, permite hoy a las humanidades trabajar en colaboración con las ciencias de la vida, la lectura ya no puede ser vista sino bajo el aspecto de una práctica compleja que pone en movimiento todos nuestros recursos, biológicos y culturales, como individuos y como especie, revistiendo una dimensión experiencial y existencial que no niega, sino que presupone, los determinismos neurofisiológicos del animal evolucionado que somos en el mundo, y que continuamos siendo incluso en el mundo del sentido.

Existencialmente hablando, leer es una ceremonia del lenguaje, una celebración de la inteligencia, una revelación del ser, una comunión con el otro, una paciente edificación de la utopía, y tantas otras cosas que también resultaría ingenuo pretender establecer su inventario o encontrar para ellas un común denominador. Lo que sí cabe afirmar es que, si bien hay muchas lecturas, leer suele significar, en general, mucho: la lectura es sin duda un ejercicio plural en sus modos y finalidades, en sus tiempos y espacios, en sus ritos y protocolos, y a veces trastornador de nuestros hábitos verbales y cognitivos (Amelia Gamoneda), pero a la postre suele desembocar en una verdadera forma de vida, coherente y persistente, que sostiene al lector y le hace ser lo que es, en cuanto individuo —conciencia privada— y en tanto ciudadano —sujeto social que, más que leer, *interlee*, según afirma en estas páginas Mirko Lampis—.

Con todo, no resulta menos evidente que, científicamente considerada, la ceremonia, celebración, revelación, comunión de la lectura es un hecho biológico donde sale a la luz el continuo formado por el cuerpo, el cerebro y la mente en sus más sutiles engarces sensibles, perceptivos, emocionales y cognitivos; un acontecimiento integrador y liberador de las potencias humanas durante el cual la materia del mundo se convierte en la sutil materia del símbolo y viceversa (Carlos López de Silanes, Pierre

Luis-Patoine), y que puede y debe analizarse prescindiendo de cualquier glorificación cultural. Aprenderemos entonces, quizá no sin cierto asombro, que la filogenia del lenguaje ha dejado impresa la huella del sonido en la escritura, del habla en la letra, e incluso, antes de ella, la huella del agua y del aire en el sonido y el habla; pues, contra lo que pensaba justamente el culturalismo, los signos intentan transportar con ellos el ser del mundo para no verse reducidos a meros artefactos arbitrarios y convencionales. Y así quien lee no solo vibra, carnalmente, con las cosas en el horizonte óntico (Víctor Bermúdez), sino que lo hace por igual, empáticamente, con los demás: la materia que el signo remolca consigo es asimismo la de una intercorporalidad y una intersubjetividad generalizadas, basadas en la creencia en los signos y en la confianza en el enunciador (González de Ávila), cuyos anclajes orgánicos la neurociencia y las ciencias cognitivas están en condiciones de explorar para que la primera deje de ser solo una hipótesis de la fenomenología, y la segunda el voto piadoso de una ética natural. Se diría que de esa forma la ciencia de la lectura, de la interlectura, converge con su interpretación existencial, y que se abre confiadamente hacia una teoría de la humanidad, de la interhumanidad, en el mundo: hacia una antropología y una ecología simbólicas.

Nos gustaría creer, entonces, que es posible armonizar ciencia y existencia al pensar en lo que hacemos al leer, y en lo que la lectura hace de nosotros. En el presente *dossier* lo hemos intentado, procurando reunir una semiótica, una fenomenología y una neurociencia cognitiva de la lectura en una meditación sostenida, por más que limitada. Quienes en nuestros días trabajan según tales líneas de investigación, cada vez más numerosos, están empeñados en dar razón suficiente, con los instrumentos científicos disponibles, de esa experiencia antropogenética, corporal pero también espiritual, subjetiva pero también profundamente socializadora, que es el acto lector, y en particular el acto lector de textos literarios. Y ello se conseguirá, a buen seguro, sin que la lectura pierda una pizca de su encanto para los lectores: la experiencia viva y el sentido en acto del leer no dejan de ser un hecho de existencia anterior a toda ciencia que se

esfuerce por objetivarlos, y que la sobrevivirá mientras los hombres no encuentren medio mejor, para conservar su mundo y su relación con él, que escribirlo y darlo a leer.

Aunque en esta presentación nos hayamos acabado escorando, como se ve, hacia la lectura común y hacia su entendimiento existencial —al cabo, nuestras sociedades esperan que la lectura sea de todos y para todos—, resultaría impropio cerrarla sin una nota dirigida más bien al especialista y al científico, y relativa a la estrecha colaboración entre semiótica, fenomenología y neurociencias cognitivas a la que en nuestro trabajo apelamos. La confluencia de la semiótica con la fenomenología se está produciendo en Europa desde hace algunas décadas: por un lado, se recupera así la inspiración fenomenológica de algunos de los fundadores de la disciplina (Saussure, Jakobson, Benveniste, Greimas, etc.); y, por otro, se la aproxima a la tradición peirciana, originaria de los Estados Unidos, y a su *faneroscopia* o fenomenología universal de vocación lógica. Las neurociencias y las ciencias cognitivas aportan a este proceso no solo herramientas de corroboración o refutación experimental de las hipótesis semióticas o fenomenológicas, sino también estímulos heurísticos para la reflexión sobre los signos y el sentido, puesto que comienzan a dar pruebas de una madurez teórica que tiende a convertirlas, casi insensiblemente, en filosofía de la mente y en filosofía del lenguaje. Las neurociencias de la cognición parecen ofrecer por ende un apoyo firme a las humanidades en una etapa de nuestra historia social en la que los saberes humanísticos se preguntan —¿alguna vez dejaron de hacerlo?— sobre la consistencia de sus modos de razonamiento y sobre la justificación de sus resultados de investigación. Lo que el “proyecto científico” de la semiótica pudiera perder en autonomía, al asumir dicha colaboración, tal vez lo gane en apertura intelectual y en disponibilidad interdisciplinar. Y la anterior no sería escasa ganancia si la semiótica aspira a que se la escuche dentro de un campo científico donde se construyen objetos cada vez más complejos y menos aprehensibles desde un solo punto de vista, desde una única pertinencia, por muy bien fundamentada que esa pertinencia se encuentre,

como sucede con la de la semiótica, en la historia de las ideas.

De tales objetos se ocupa justamente el grupo de investigación ILICIA (*Inscripciones literarias de la ciencia*), en cuyo seno se ha gestado este *dossier* sobre la lectura. Siendo originarios, la mayor parte de sus componentes, de los campos literario, artístico o musical, se diría que la complejidad del tema debe abordarse, como hemos dicho, no solo mediante el recurso a los instrumentos del humanismo tradicional sino también a los que en la actualidad proponen las ciencias formales, las de la sociedad y las de la vida. El grupo ILICIA trabaja desde hace diez años en la doble perspectiva de reconocer la circulación del saber en los diversos modos de manifestación de lo literario —perspectiva que ha dado en llamarse “epistemocrítica”— y de revisar y calibrar los instrumentos procedentes del ámbito de las ciencias de los que se espera rentabilidad en los estudios literarios y humanísticos. En este segundo contexto, a sus contribuciones sobre metáfora (*Revista de Occidente. Metáfora y ciencia*, n.º 422-423, 2016), analogía (*Espectro de la analogía. Literatura y ciencia*. Abada, 2015) o epifanía, eureka y serendipia (*Idea súbita. Ensayos sobre epifanía creativa*, Abada, 2018), viene ahora a sumarse esta presente sobre la lectura, fruto del proyecto investigador *Cognición, epistemología y epistemocrítica* (MINECO FFI2017-83932-P). Convencidos de la fertilidad de este limes, sus autores invitan —precisamente— a la lectura de unas páginas en las que ni la cultura científica ni la humanística han de sentirse foráneas.

Recibido el 6 de septiembre de 2018.

Aceptado el 18 de septiembre de 2018.

